

Círculo completo

El maestro mediocre dice. El buen maestro explica. El maestro superior demuestra. El gran maestro inspira.
William Arthur Ward

Cuando estaba en tercer grado quería ser como la Sra. Abshere. Tenía un corte de pelo estilo Dorothy Hamill, usaba tacones altos y siempre sonreía a sus alumnos. Usaba tiempo extra para explicarme de nuevo conceptos de matemática o para valorar mi poesía. Rara vez elevaba su voz y era respetada por cada uno de sus alumnos. Nos hacía sentir especiales y queridos. Durante el recreo, yo prefería quedarme en el aula y jugar a la escuela, y la Sra. Abshere con cariño me dejaba usar sus lápices especiales y sus hojas de trabajo. "Eres una buena maestra, Erin", decía.

Se me consideraba una niña en alto riesgo. Mi familia tenía poco dinero y vivíamos con el abusivo novio de mi madre. Una de las razones por las que amaba la escuela era porque me ofrecía un escape y en verdad sentía que la Sra. Abshere se preocupaba por mí. Su paciencia y buen corazón me ayudaron en muchos momentos difíciles. Ella solía llevar un pequeño lápiz labial de manteca de cacao y me lo ofrecía durante la hora del cuento. "Los labios agrietados duelen y tenemos que cuidarlos", me decía. Yo la veía como una especie de madre posiza y como un modelo del tipo de persona que yo quería ser en algún momento.

Un día, mi madre fue arrestada por la policía después

de participar en un fraude a la asistencia social. ¡Yo tenía nueve años y estaba aterrortizada! Aferre a mi hermano y a mi hermana mientras nos llevaban al hogar para niños.

Mientras mi madre esperaba la sentencia, mi hermano, mi hermana y yo esperábamos en el hogar. ¡Vamos a una escuela del hogar y dormíamos en una habitación llena de otros niños cuyos padres también estaban presos. Pronto los días se transformaron en semanas y yo me preguntaba si alguna vez volveríamos con nuestros padres. Cuando me dijeron que mi madre cumpliría una sentencia de seis meses mis esperanzas se esfumaron. El estado no podía ubicar a nuestro padre biológico, así que en pocos meses se harían los arreglos para la adopción.

A medida que volvía a mi litera me sentía entumecida. Ya no tenía nueve años y escribía poesía y jugaba a la escuela. Ahora era una prisionera y no entendía por qué. Me tiré en mi cama y sollocé durante horas. Estaba enojada con el mundo y ya no veía un futuro para mí. Fue mientras estaba en este estado cuando una de las niñas vino corriendo hacia mí: "¡Eh!, hay una mujer que quiere verte. Creo que es tu mamá". La emoción me inundó al tiempo que corría por el corredor. ¿Podía ser verdad? ¿La habían dejado ir?

Cuando llegué al final del corredor, allí estaba parada la hermosa mujer con el corte de pelo como Dorothy Hamill. ¡Era la Sra. Abshere! Extendió sus brazos hacia mí: "¿Se que nadie es mejor que tu mamá, querida, pero ¡yo también te quiero!". La abracé y agradecí a Dios en silencio por desviar cincuenta kilómetros a este ángel para verme.

Luego de mi abrazo, buscó en su bolsillo y sacó el familiar lápiz labial: "Veo que todavía tienes los labios agrietados". Mientras caminaba con la Sra. Abshere por el jardín, comencé a sentir esperanzas nuevamente. Le mostré mi litera y algunos poemas que había escrito. Esta-
ba muy emocionada por presentarla a todos mis nuevos

amigos: "¡Esta es mi maestra, la Sra. Abshere!", gritaba. Quería que todo el mundo supiera su nombre.

Cuando la visita llegó a su fin, la Sra. Abshere me hizo prometer que volvería a la escuela para despedirme, así ella sabría que yo estaba bien. Se lo prometí.

Dos semanas después, les dieron nuestra custodia a mis abuelos. Nos mudaríamos al otro lado del estado. Mi abuela me llevó a la escuela para que pudiera despedirme de mis amigos. Cuando llegó el momento de decirle adiós a la Sra. Abshere, simplemente no pude hacerlo. Me quedé parada allí e intenté no mirarla. La tristeza me agobiaba. ¿Cómo podría dejar a esta maravillosa mujer? Mientras estaba parada allí y las lágrimas rodaban por mis mejillas, ella me alcanzó una caja y dijo: "Es una caja repleta de lápices especiales de maestra y hojas de trabajo para que puedas jugar a la escuela siempre que quieras. Cada vez que juegues, espero que pienses en mí porque yo estaré pensando en ti". Nunca olvidaré estas palabras.

Cuando mi abuela y yo nos fuimos, no sabía qué sería de mí. Sólo sabía que sobreviviría, estaría bien, porque una maestra especial me había demostrado que le importaba. Ese conocimiento fue suficiente para ayudarme a atravesar todo.

Dieciséis años más tarde busqué a la Sra. Abshere para decirle lo agradecida que estaba. Cuando la encontré tuvimos la conversación más hermosa. Sentí mucho orgullo de contarle que me encontraba a sólo un año de convertirme en maestra. "¡Oh! —exclamó—. ¡Puedes practicar con mis alumnos!". Así que, quizás regrese pronto al aula de la Sra. Abshere, sólo que esta vez como una igual y una amiga muy agradecida.

Erin Kelley

Una vez que eres maestro, siempre...

Mi madre fue maestra la mayor parte de su vida. Cuando no estaba en el aula, estaba educando a sus hijos o nietos: corregía nuestra gramática; nos iniciaba en colecciones de mariposas, flores o rocas; o iniciaba una discusión sobre el último tema de su Club del Libro del Mes. Hacía divertido el aprendizaje.

Fue muy triste para mis tres hermanos y para mí ver la enfermedad en sus últimos años. A los ochenta y cinco años sufrió un derrame cerebral que paralizó por completo el lado derecho de su cuerpo, después de eso comenzó a deteriorarse sin cesar.

Dos días antes de su fallecimiento, mis hermanos y yo fuimos a verla a la residencia de ancianos y la llevamos a dar un pequeño paseo en silla de ruedas. Mientras esperábamos que el personal de la residencia colocara su cuerpo blando nuevamente en la cama, mamá se quedó dormida. Para no despertarla, nos colocamos en la parte más alejada de la habitación y hablamos suavemente.

Minutos después nuestra conversación fue interrumpida por un sonido apagado que procedía del otro lado de la habitación. Paramos de hablar y miramos a mamá. Sus ojos estaban cerrados, pero claramente estaba intentando comunicarse con nosotros. Fuimos a su lado.

~~Dddd -dijo debilmente~~

-¿Dónde? -pregunté- Mamá, ¿quieres algo?

-Dddd -repitió un poco más fuerte.

Mis hermanos y yo nos miramos unos a otros y me-
neamos la cabeza con tristeza.

Mi madre abrió los ojos, suspiró y con toda la energía que pudo reunir, dijo:

—No digas era. ¡Di fueral!

De repente se nos ocurrió que mamá estaba corrigiendo la última oración de mi hermano Jim:

—Si era por mí...

Jim se inclinó y la besó en la mejilla.

—Gracias, mamá —susurró.

Nos miramos sonrientes y otra vez meneamos nuestras cabezas, pero esta vez con un profundo respeto por una admirable maestra.

Kay Conner Pliszka